

adoptando medidas muy poco nobles? Esto no se opondrá a que mañana se vuelva a mentir nuevamente, sin examinar la cuestión. Toda mentira, mil y mil veces propalada, se convierte en verdad. No es fácil sentir hacia las opiniones humanas todo el desprecio que se merecen.

Lord J. Russell presentó el 25 de abril en la Cámara de los Comunes una moción sobre la representación nacional en el Parlamento, que combatió el señor Canning, proponiendo a su vez un bill para anular una parte del acta que priva a los Pares católicos de su derecho de votar y de sentarse en la Cámara. El señor Canning asistía en 1822 a la sesión de la Cámara de los Pares en la que fué desechado su bill, y se incomodó por una frase del anciano canciller: éste dijo, hablando del primero: «Me han dicho que se marcha a la India; vaya con Dios el lindo gentlemán (*this fine gentleman*); buen viaje.» El señor Canning me dijo al salir: «Ya lo volveré a encontrar.»

Lord Holland discurría muy bien, aunque no llegaba al señor Fox; daba vueltas, en torno de su asiento, hablaba muchas veces de espaldas a la asamblea, y dirigiendo sus palabras a las paredes. Le gritaban ¡Atención! ¡Atención!, y a nadie chocaba aquella originalidad.

La llegada del rey, la apertura de las Cámaras, la época de las fiestas constituían una amalgama de obligaciones, de negocios y de placeres, y sólo se encontraba a los ministros en la corte, en un baile o en el Parlamento. Para celebrar el aniversario del nacimiento de S. M. comí en casa de lord Londonderry; otro día comí en la galera del lord corregidor, que subía el río hasta Richmond; pero me gusta más el bucentauro en miniatura del arsenal de Venecia, que sólo conserva el recuerdo del dux y un nombre debido a la pluma de Virgilio.

También estuve convidado al Este de la ciudad, en casa del señor Rothschild, de Londres, de la rama segunda de Salomón: pero, ¿dónde no me invitaron a comer? El *roast-beef* tenía la planta de la torre de Londres; los pescados eran tan largos que no mostraban la cola; mujeres, que sólo allí he visto, cantaban como Abigail. Yo sorbía el tokai no lejos de los sitios que me vieron beber agua de brucos y casi desfallecido de hambre: recostado en el fondo de mi cómodo carruaje, veía a Westminster, donde había pasado una noche encerrado y paseando-

me por sus contornos con Hingant y Fontanes; y, finalmente, mi gran hotel, cuyo alquiler me costaba treinta mil francos, estaba enfrente del granero que habitó mi primo La Bouetardais.

No se trataba ya de aquellas humildes fiestas de emigrados, donde bailábamos al son del violín de un consejero del parlamento de Bretaña: era nada menos que Almack's dirigido por Colinet lo que me deleitaba; era un baile público favorecido por las más encoquetadas señoras del Oeste. Allí estaban los viejos y los jóvenes dandys, brillando entre los primeros el vencedor de Waterloo, y entre los segundos lord Clanwilliam, hijo, según se decía, del duque de Richelieu. En 1822 el *fashionable* tenía que presentarse al primer golpe de vista bajo un aspecto desgraciado y enfermizo; eran de rigor el descuido en la persona, las uñas largas, la barba a medio afeitarse, los cabellos en desorden, la mirada profunda, sublime, extraviada y fatal, los labios contraídos y el corazón a lo lord Byron, lleno de disgustos y sumido entre los misterios de la existencia.

Hoy ocurre lo contrario; el dandy tiene un aspecto conquistador, ligero e insolente; se esmera en su compostura, lleva bigotes o barba ovalada como la fresa de la reina Isabel; sostiene la fiera independencia de su carácter, conservando el sombrero encasquetado, arrojándose sobre los sofás y estirando las piernas hasta tocar con las botas las narices de las damas, absortas de admiración. Es necesario que la salud del dandy sea perfecta y que su alma esté envuelta entre cinco o seis felicidades: algunos gastan pipa.

Indudablemente todo habrá cambiado mientras yo escribo, y ya se dice que el dandy actual no debe saber si existe, si hay mundo, si hay mujeres y si debe saludar al prójimo. Lo que se puede asegurar es que todos los ingleses son locos por naturaleza o por moda.

Lord Clanwilliam se ha eclipsado pronto; nos hemos encontrado en Verona, y ha sido embajador de Inglaterra en Berlín: hemos seguido algún tiempo el mismo rumbo, aunque no hemos andado al mismo paso.

Nada era tan favorecido en Londres como la insolencia, según lo atestigua Orsay, hermano de la duquesa de Guiche, pues galopaba en Hyde-Park, saltaba las barreras, jugaba como un desesperado, y tuteaba sin cumplimento a todo el mun-

do: su triunfo fué tan completo que, para que nada le faltase, acabó por enterrar a una familia entera.

Las damas de más boga me agradaban poco, pero entre ellas había una encantadora; era lady Gwydir; por su tono y maneras parecía francesa. Lady Jersey se mantenía aún bonita, y en su casa encontré a la oposición. Lady Conyngham pertenecía también a ésta, y el mismo rey guardaba un afecto secreto a sus antiguos amigos. Entre las que honraban y protegían el baile de Almack's figuraba la embajadora de Rusia.

La condesa de Lieven estaba en moda por sus ridículas diferencias con la señora de Osmond y Jorge IV. Como era atrevida y pasaba por estar bien relacionada en la corte, se había convertido en *fashionable* hasta la exageración. La suponían mujer de talento, porque pensaban que su marido no lo tenía, cosa que no era cierta, pues el señor de Lieven era muy superior a su esposa. Esta era una mujer común, pesada, árida, que sólo sabía hablar de política vulgar; pero, en realidad, todo lo ignoraba, y ocultaba la falta de ideas con la abundancia de frases. Cuando se encontraba entre personas de mérito, callaba, revistiendo su nulidad con un aire superior de fastidio, como si tuviese el derecho de fastidiarse de todo lo bueno y útil.

El día se distribuía en Londres del modo siguiente: Se concurría a una partida, o sea primer desayuno, en el campo, a las seis de la mañana; después volvíamos a almorzar a la capital; nos vestíamos para el paseo de Bond-Street o de Hyde-Park; volviendo a hacer lo mismo para comer a las siete y media; nos mudábamos otra vez para ir a la Ópera, y, a media noche, nos poníamos el último traje para la *soirée* o el *raout*. ¡Qué vida tan agradable! Mil veces hubiera preferido estar en galeras. El gran tono era no poder entrar en los reducidos salones de un baile particular, permaneciendo en la escalera obstruida por la multitud, y en encontrarse cara a cara con el duque de Somerset, felicidad que he disfrutado una vez. Los ingleses de la nueva raza son muchísimo más frívolos que nosotros, enloquecen por un *schaw*, y si el verdugo de París se presentase en Londres, reuniría a su lado a toda Inglaterra. ¿No ha entusiasmado el mariscal Soult a las damas, lo mismo que Blucher, cuyos bigotes besaban? Nuestro mariscal, que no es ni Antipáter, ni An-

tígono, ni Seleuco, ni Antioco, ni Ptolomeo, ni ninguno de aquellos capitanes-reyes de Alejandro, es un soldado distinguido que saqueó España, dejándose derrotar, y que ha perdonado la vida a muchos frailes por los cuadros de sus conventos. Pero también es cierto que en 1814 publicó una furiosa proclama contra Napoleón, a quien recibió en triunfo pocos días después. Por un schilling enseñan en Londres un par de botas suyas muy viejas; la orilla del Támesis es el almacén general de los recuerdos de la fama, que no tardan en desaparecer. En 1822 estaba la ciudad atestada de recuerdos de Bonaparte; su busto adornaba todas las chimeneas, y su estatua colosal, obra de Canova, se veía en la escalera del duque de Wellington. ¿No se habría podido consagrar otro santuario en aquel templo para el Marte encadenado? Semejante deificación parecía más propia de la vanidad de un conserje que del honor de un guerrero. «General, no venció usted a Napoleón en Waterloo; no hizo usted más que torcer el último eslabón de un destino despedazado.»

PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES. — VUELVEN A REANUDARSE LOS TRABAJOS PARLAMENTARIOS.—BAILE A BENEFICIO DE LOS IRLANDESES. — DESAFÍO ENTRE EL DUQUE DE BELFORD Y EL DUQUE DE BUCKINGHAM. — COMIDA EN ROYAL-LODGE. — LA MARQUESA DE CONINGHAM Y SU SECRETO. — RETRATOS DE LOS MINISTROS. — DOS PALABRAS RESPECTO AL CONGRESO DE VERONA. — CARTA AL SEÑOR DE MONTMORENCY. — SU CONTESTACIÓN. — CARTA MÁS FAVORABLE DEL SEÑOR DE VILLELE. — ESCRIBO A LA SEÑORA DE DURAS. — BILLETE DEL SEÑOR DE LILLE A LA MISMA.

Después de mi presentación oficial a Jorge IV, volví a verle muchas veces. El reconocimiento de las colonias españolas por Inglaterra era asunto casi decidido, y en mi comunicación de 7 de mayo refería la conversación que tuve con lord Londonderry y las ideas de este ministro, cuyos pormenores, interesantes entonces, no producirían hoy el menor efecto. Dos cosas llamaron la atención en el estado de las colonias españolas respecto a Inglaterra y Francia: los intereses mercantiles y los políticos; acerca de ellos y del lord ministro, me expresaba así: «Cuanto más trato al marqués de

Londonderry, más astuto le encuentro: es hombre lleno de recursos, que nunca dice más que lo que quiere decir; de manera que parece en muchas ocasiones un hombre sencillo. Tiene la voz, la sonrisa, la mirada y otras cosas del señor Pozzo di Borgo, pero no inspira confianza.»

Mi despacho terminaba de este modo: «Si Europa se ve obligada a reconocer los gobiernos americanos de hecho, toda su política debe tender a establecer monarquías en el Nuevo Mundo en vez de esas repúblicas revolucionarias que nos enviarán sus principios con los productos de su suelo.

»Al ler esta comunicación, señor vizconde, experimentará, sin duda, como yo, un movimiento de satisfacción, porque es haber dado un gran paso en política el obligar a Inglaterra a asociarse con nosotros respecto a intereses sobre los que no nos hubiera consultado hace seis meses. Me felicito, como buen francés, de todo cuanto tienda a colocar a nuestra patria en el rango que debe ocupar entre las naciones extranjeras.»

Esta carta era la base de todas mis ideas y de todas las negociaciones acerca de los asuntos coloniales, de los cuales me ocupé durante la guerra de España, y un año antes que ésta se declarara.

El 17 de mayo fui al teatro de Covent-Garden, al palco del duque de York. El rey asistió, y, a pesar de que había sido aborrecido en otro tiempo, fué saludado con entusiastas aclamaciones. El 26 comió el duque de York en la embajada francesa, y aunque Jorge IV deseaba dispensarme el mismo honor, tuvo miedo a los celos diplomáticos de mis colegas.

El vizconde de Montmorency se negó a entrar en negociaciones con el gabinete británico, acerca del reconocimiento de las colonias españolas, y el día 19 al mediodía supe la muerte del duque de Richelieu. Este hombre honrado había soportado pacientemente su primera separación del ministerio; pero faltando a su espíritu la actividad de los negocios, languideció. El gran nombre de Richelieu solamente nos ha sido transmitido por mujeres.

Las revoluciones continuaban en América: con este motivo escribí al señor de Montmorency lo que sigue:

«Londres, 28 de mayo de 1822.

»El Perú acaba de adoptar una cons-

titución monárquica, y la política europea debiera procurar obtener igual resultado para las demás colonias que se declaran independientes. Los Estados Unidos temen, sobre todo, que en Méjico se establezca un imperio: lo que yo creo es que si todo el Nuevo Mundo se convierte en republicano, perecerán las monarquías del antiguo.»

Se hablaba mucho de la miseria de los aldeanos irlandeses, y se bailaba para su consuelo. En efecto, en la Opera, el baile ocupaba a las almas sensibles: el rey me encontró en uno de los corredores, y habiéndome preguntado qué era lo que hacía allí, me llevó a su palco.

El patio inglés era, en mis días de destierro, turbulento y grosero; los marineros bebían allí cerveza, comían naranjas y apostrofaban a los palcos. Una noche me encontré al lado de un marinero, que estaba completamente borracho, y, habiéndome preguntado dónde nos encontrábamos, le dije que en Covent-Garden. *Pretty garden indeed!* (bonito jardín por cierto), me contestó, poseído, como los dioses de Homero, de una risa inextinguible.

Convidado últimamente a una soirée en casa de lord Lansdowne, su señoría me presentó a una dama de severo continente, que tenía setenta y tres años: vestía un traje de crespón, y cubría sus cabellos blancos un velo negro, de manera que parecía una reina destronada. Me saludó con tono solemne, pronunciando tres frases estropeadas de *El Genio del Cristianismo*, y añadió gravemente: «Yo soy la señora Siddon.» Si me hubiera dicho yo soy lady Macbeth, la hubiera comprendido. Años atrás la conocí en el teatro cuando estaba en la fuerza de su talento; pero basta vivir para encontrar esos restos de un siglo que las olas del tiempo arrojan a las orillas de otro.

Mis visitas de Francia en Londres fueron el duque y la duquesa de Guiche, de quienes hablaré al ocuparme de Praga; el marqués de Custine, cuya infancia conocí en Fervacques, y la vizcondesa de Noailles, tan amable y graciosa como si jugueteara a la edad de catorce años por los hermosos jardines de Mereville.

Todos estábamos cansados de fiestas, y los embajadores ansiaban marcharse con licencia, preparándose el príncipe de Esterhazy a partir para Viena, donde esperaba ser llamado a un congreso, del cual se hablaba mucho. El señor Rothschild

regresaba a Francia después de haber concluido con su hermano el empréstito ruso de veintitrés millones de rublos. El duque de Bedford se había batido con el de Buckingham en el fondo de una quebrada de Hyde-Park, al mismo tiempo que una canción injuriosa contra el rey de Francia, enviada de París, e impresa en los papeluchos de Londres, divertía a la canalla radical inglesa, que se reía al leerla, sin saber por qué.

El 6 de junio fui al Royal-Lodge, en donde ya estaba el rey, que me había convidado a comer y a pasar la noche.

Volví a ver a Jorge IV el 12, el 13 y el 14 en drawing-room y en el baile de S. M. El 24 di una fiesta al príncipe y a la princesa de Dinamarca, a la que se invitó al duque de York. Hubiera parecido asunto importante en otro tiempo la amabilidad con que me trataba la marquesa de Coningham, y por ella me enteré de que no se había abandonado la idea del viaje de S. M. B. al continente, secreto que guardé religiosamente en mi pecho. Por otra parte, en vano me hubiera empeñado en conocer algunos portadores en la corte sobre este particular, porque allí se oía, pero no se contestaba.

Lord Londonderry era un hombre impasible, que desconcertaba a cualquiera con su sinceridad de ministro y su reserva de caballero. Exponía franca y glacialmente su política, guardando profundo silencio sobre los hechos. Nadie sabía lo que debía creer de lo que había manifestado o de lo que pretendía ocultar.

Poseía un género de elocuencia irlandesa que continuamente excitaba la hilaridad de la Cámara de los Lores y el contento del público; pero también tenía arranques de elocuencia que entusiasmaban a la multitud, como lo prueban sus palabras, que ya he consignado, acerca de la batalla de Waterloo.

Lord Harrowby era presidente del consejo; hablaba con propiedad, con lucidez y conocimiento de los hechos. Era, además, un perfecto gentlemán. Cierta día me anunciaron en Génova un inglés, y se me presentó lord Harrowby, a quien difícilmente pude reconocer; había perdido a su último rey y el mío estaba desterrado.

Ya he hablado del señor Peel y de lord Westmoreland al ocuparme del *Congreso de Verona*.

Ignoro si lord Bathurst descendía del

conde de Bathurst, de quien escribió Sterne: «Este señor es un prodigio, pues a los ochenta años conserva el talento y la viveza de un hombre de treinta, una disposición extraordinaria para matar el tiempo y el poder de agradar.» El ministro era instruido y tratable, y se le notaba bastante apego a las antiguas maneras francesas del mundo elegante. Tenía tres o cuatro hijas que corrían, o, mejor dicho, volaban como las golondrinas del mar. ¿Qué fué de ellas? ¿Cayeron al Tiber con la joven inglesa que llevaba su mismo nombre?

Lord Liverpool no era, como lord Londonderry, el principal ministro, pero sí el más influyente y respetado. Se le consideraba un hombre religioso y honrado, reputación en alto grado poderosa para quien la posee: se acude a él con la misma confianza que a un padre, y ninguna acción parece noble si antes no recibe la sanción de ese personaje santo, investido de una autoridad muy superior a la del talento.

En la época en que conocí a lord Liverpool había casi llegado a la iluminación puritana. Casi siempre vivía en compañía de una hermana ya anciana, a algunas millas de Londres: hablaba muy poco; su rostro era melancólico; se había acostumbrado a inclinar la cabeza, y parecía que escuchase siempre alguna triste noticia: cualquiera hubiera dicho que veía caer sus últimos años, como si fueran gotas de agua helada. Por lo demás, no se le conocía ninguna pasión, y vivía según Dios.

El señor Croker, miembro del almirantazgo, célebre como orador y como escritor, pertenecía a la escuela del señor Pitt, como el señor Canning, aunque era más despreocupado que éste. Ocupaba en White-Hall uno de aquellos aposentos sombríos, de donde Carlos I había salido por una ventana para ir al patíbulo. Se admira uno cuando entra en las habitaciones de los directores de esos establecimientos, cuyas operaciones abarcan del uno al otro polo. Algunos hombres con cárrik negro, he aquí lo que se encuentra: y, sin embargo, son los jefes de la marina inglesa, o de esa compañía de comerciantes, sucesores de los emperadores del Mogol, y tienen en las Indias doscientos millones de súbditos.

El señor Croker fué hace dos años a visitarme a la enfermería de María Teresa, haciéndome observar la semejanza de nuestras opiniones y de nuestra suer-

te. Los acontecimientos nos han separado del mundo, pues la política crea solitarios, como la religión anacoretas. Cuando el hombre habita en el desierto, halla en sí mismo una lejana imagen del ser infinito que, viviendo solo en la inmensidad, ve sucederse unas a otras las revoluciones de los mundos.

Durante los meses de junio y julio los asuntos de España comenzaron a ocupar seriamente al gabinete de Londres. Lord Londonderry y la mayor parte de los ministros manifestaban, al tratar de este asunto, una inquietud y un temor risibles. El ministerio se figuraba que en caso de ruptura, quizás no quedaríamos airosos con los españoles, y en cuanto a los embajadores de las demás potencias, temblaban al suponer que podíamos ser batidos, pues siempre veían a nuestro ejército dispuesto a engalanarse con la escarapela tricolor.

En mi comunicación de 28 de junio, número 35, expresaba del modo siguiente las disposiciones de Inglaterra:

«Londres, 28 de junio de 1822.

»Señor vizconde: Me ha sido más difícil poder decirle lo que piensa lord Londonderry respecto a España que fácil me habrá de ser penetrar el secreto de las instrucciones dadas a sir W. A'Court; nada, sin embargo, he de omitir para procurarme los pormenores que me pide usted en su último despacho, número 18. Si no he juzgado mal la política del gabinete inglés, y el carácter de lord Londonderry, estoy convencido de que sir W. A'Court no ha llevado la menor orden escrita. Se le habrá recomendado observar a las partes sin mezclarse entre ellas, puesto que el gobierno inglés no quiere las Cortes y desprecia a Fernando, pudiéndose asegurar que nada hará en favor de los realistas. Por otra parte, nuestra creciente prosperidad inspira bastante envidia, y aunque aquí, entre los hombres de Estado, hay un vago temor a las pasiones revolucionarias de España, está subordinado a intereses particulares; de modo que el mismo principio que impide a Inglaterra retirar su embajador de Constantinopla se lo hace conservar en Madrid; porque siempre se separa de las reglas comunes y sólo atiende al partido que puede sacar del trastorno de las naciones.

»Tengo el honor, etc.»

El 16 de julio volví a escribir al señor de Montmorency lo que sigue:

«Londres, 16 de julio de 1822.

»Señor vizconde: Los periódicos ingleses, refiriéndose a los franceses, nos comunican hoy noticias de Madrid hasta el 8 del corriente inclusive. Nada he esperado del rey de España, y, al fin, los sucesos no me han sorprendido: si ese desgraciado príncipe debe perecer, el género de su catástrofe no puede ser indiferente al resto del mundo, porque, al paso que el puñal sólo mataría al monarca, pudiera tal vez el cadalso matar a la monarquía. Bastan ya para juicios los de Carlos I y Luis XVI, y el cielo nos preserve de un tercero, que sancionaría una especie de derecho en los pueblos y un cuerpo de jurisprudencia contra los monarcas. Todo debemos esperar, y la declaración de guerra del gobierno español es una de las eventualidades que el francés ha debido prever. De todos modos, pronto habrá de desaparecer el cordón sanitario, por falta de pretextos para que subsista: será, pues, preciso confesar que se convierte en un cuerpo de ejército, explicando los motivos de su conservación, lo cual equivaldrá a una declaración de guerra. ¿Disolveremos, pues, el cordón sanitario? Semejante acto de debilidad comprometería a Francia, humillaría al ministerio y reanimaría entre nosotros las esperanzas de la facción revolucionaria.

»Tengo el honor, etc.»

Desde el congreso de Viena y el de Aquisgrán, los príncipes de Europa sólo pensaban en celebrar otros, pues en ellos se divertían repartiéndose los pueblos. No bien se acabó en Troppau el congreso empezado en Laybach, cuando ya se dispuso convocar otro en Viena, en Ferrara o en Verona, porque los asuntos de España brindaban la ocasión de apresurar el momento. Cada corte había designado ya su embajador.

En Londres, todos se preparaban para marchar a Verona, y como siempre habían sido las cuestiones españolas mi principal estudio, y como también tenía yo formado mi plan para el honor de Francia, creía ser de alguna utilidad en el nuevo congreso, dándome a conocer, al mismo tiempo, bajo un aspecto en que no se pensaba. Escribí ya el 24 de mayo al señor de Montmorency, pero no ob-

tuve su favor, puesto que su larga contestación fué evasiva, y concluía con este párrafo:

«Si he de manifestarle lo que siento, noble vizconde, mis observaciones y las de las personas que conocen bien el terreno que usted pisa, me han hecho pensar que el gabinete inglés siempre está dispuesto a recelar de aquellos hombres a quienes distingue el favor directo del rey y el crédito de la sociedad. ¿No se ha fijado, respecto a usted, en esta circunstancia?»

¿Por dónde habían llegado a conocimiento del vizconde de Montmorency mi favor para con el rey de Inglaterra y mi crédito en la alta sociedad inglesa, que supongo sería el que la marquesa de Clyngham me dispensaba? Lo ignoro.

Previendo, pues, que iba a perder la partida con el ministro de Estado, escribí al señor de Villele, amigo mío entonces y poco inclinado a su colega. He aquí parte de su respuesta:

«París, 5 de mayo de 1822.

»Le doy a usted las gracias por todo cuanto trabaja en nuestro favor, asegurándole que la determinación de esa corte respecto a las colonias españolas no influirá en la nuestra.

»No permitiremos que el gobierno francés se deshonre por su falta de participación en los sucesos que pueden surgir del estado actual de Europa, y creemos que los gabinetes se equivocan bastante acerca de los medios reales con que podemos contar y del poder que ejerce el gobierno en los límites que se ha prescrito, porque nos ofrecen más recursos que los que se creen, y espero que sabremos probarlo cuando llegue la ocasión.

»Usted nos ayudará en esa labor, si se presenta: lo sabemos positivamente, y contamos con su esfuerzo, pues el honor será para todos, y aunque ahora no se trata de ello, cada cual obtendrá lo que sus servicios reclamen: rivalicemos, pues, para prestarlos muy señalados.

»No sé si esto acabará por un congreso; de todos modos, no olvidaré lo que me ha escrito usted.»

En vista de estas palabras, apuré al ministro de Hacienda por medio de la marquesa de Duras, a quien él contestó lo siguiente:

«Nada tenemos que añadir, porque estoy dispuesto a hacer por el bien público y por mi amigo todo cuanto me inspire mi celo. Le repito, pues, que no necesito estímulos, porque obro por convicción y por sentimiento propio.

»JH. DE VILLELE.»

MUERTE DE LORD LONDONDERRY. — NUEVA CARTA DEL SEÑOR DE MONTMORENCY. — VIAJE A HARTWELL. — BILLETE DEL SEÑOR DE VILLELE ANUNCIÁNDOSE MI NOMBRAMIENTO PARA EL CONGRESO. — FIN DE LA VIEJA INGLATERRA. — CARLOTA. — REFLEXIONES. — SALGO DE LONDRES.

Mi última comunicación, de fecha 9 de agosto, comunicaba al señor de Montmorency que lord Londonderry partiría para Viena del 15 al 20; pero el destino iba a darme un solemne mentís, porque muy pronto tuve que despachar a mi gobierno el aviso siguiente:

«Londres, 12 de agosto de 1822.
(A las cuatro de la tarde.)

»Comunicación transmitida a París por el telégrafo de Calais.

»El marqués de Londonderry ha muerto repentinamente hoy 12, a las nueve de la mañana, en su quinta de North-Cray.»

«Londres, 13 de agosto de 1822.

»Número 49.

»Señor vizconde: Si el tiempo no ha opuesto algún obstáculo a mi comunicación telegráfica, espero que usted será el primero que haya recibido en el continente la noticia del fallecimiento repentino de lord Londonderry.

»Esta muerte ha sido sumamente trágica. El noble marqués estaba en Londres el viernes, y sintiéndose con la cabeza algo pesada, se hizo sangrar, después de lo cual se marchó a North-Cray, donde la marquesa se encontraba hacia un mes. El sábado 10 se le declaró una fiebre, que siguió el domingo 11; pero pareció ceder durante la noche, y el lunes 12 por la mañana, seguía tan bien el enfermo, que su esposa creyó que podría separarse de él por un instante. Lord Londonderry, cuya cabeza estaba trastornada, al verse solo se levantó, pasó a un gabinete, y cogiendo una navaja de afeitar,

tar, de un solo golpe se cortó la vena yugular: al momento cayó bañado en sangre a los pies de un médico que acudía a su socorro.

»Se oculta en cuanto es posible este desgraciado accidente; pero ha llegado ya desfigurado a conocimiento del público, dando lugar a mil especies absurdas.

»¿Por qué habrá atentado lord Londonderry contra su vida? No tenía pasiones ni era desgraciado, y estaba más seguro que nunca en su puesto; se proponía marchar el jueves próximo y estar de regreso el 15 de octubre para asistir a las cacerías dispuestas de antemano, a las cuales me había invitado. La Providencia ha ordenado otra cosa, y lord Londonderry ha seguido al duque de Richelieu.»

He aquí algunos detalles que no se leen en mis comunicaciones:

A su vuelta de Londres me contó Jorge IV que había ido lord Londonderry a llevarle el proyecto de instrucción, que redactó para sí mismo y que debía seguir en el Congreso. Jorge IV tomó el manuscrito, y empezó la lectura en alta voz; pero, notando que el marqués no le escuchaba y que miraba al techo de la cámara, le preguntó: «¿Qué tenéis, lord?» «Señor — contestó el marqués—: es ese insoportable John (un jockey), que está en la puerta y no se quiere marchar, aunque no ceso de mandárselo.» Admirado el rey, cerró el manuscrito, y dijo: «Estáis enfermo, milord; regresad a casa y disponed que os sangren.» Lord Londonderry salió, y compró en un almacén la navaja, con la cual se suicidó.

El 15 de agosto proseguí escribiendo al señor de Montmorency:

«Se han enviado correos a todas partes para llamar a los ministros ausentes, pues ninguno de ellos se encontraba en Londres el día del acontecimiento. Se les aguarda hoy o mañana, y celebrarán un consejo; pero nada decidirán, pues, en último resultado, el rey será quien nombre un colega, y ahora está en Edimburgo, siendo seguro que no se apresure a hacer la elección en medio de las fiestas. La muerte del marqués es funesta para Inglaterra; no era amado, pero sí temido; los radicales le odiaban, pero le tenían mucho miedo. Se imponía a la oposición, la cual no se atrevía contra él en la tribuna y en los periódicos; su imperturbable sangre fría, su profunda indi-

ferencia hacia los seres y las cosas, su instinto de despotismo y su desprecio secreto a la libertad constitucional hacían de él un ministro para luchar con ventaja contra las exigencias del siglo. Sus defectos eran nobles cualidades en una época en que la exageración y la democracia amenazan al mundo.

»Tengo el honor de ser, etc.»

Londres, 15 de agosto de 1822.

»Señor vizconde: Las últimas noticias han confirmado lo que le comuniqué acerca de la muerte del marqués de Londonderry; parece, sin embargo, que el instrumento con que el infortunado ministro se cortó la vena yugular, no fue una navaja de afeitar, sino un cortaplumas. El informe del juez le instruirá de todo.

»Al presente ya debe usted saber que lord Londonderry había dado pruebas de enajenación mental algunos días antes de su suicidio, y que el rey lo había notado. Ahora me llama la atención una circunstancia en que antes no había reparado, y que merece referirse. Hace unos doce o quince días que fui a visitar al marqués de Londonderry, y, contra su costumbre y la del país, me recibió con familiaridad en su gabinete de vestir. Iba a afeitarse, y me hizo, riéndose sarcásticamente, un pomposo elogio de las navajas inglesas. Al felicitarle yo por la clausura de las sesiones, me contestó: «Sí; es preciso que eso se acabe, o que acabe yo.»

»Tengo el honor, etc.»

Decidióse que el duque de Wellington, acompañado de lord Clanwilliam, ocuparía en el congreso el lugar de lord Londonderry; las instrucciones oficiales eran: olvidar por completo a Italia; no mezclarse en los asuntos de España, y negociar los de Oriente, manteniendo la paz sin aumentar la influencia de Rusia. Las probabilidades estaban siempre en favor del señor Canning, y la cartera de Estado se había confiado interinamente a lord Bathurst, ministro de las Colonias.

Asistí a los funerales de lord Londonderry en Westminister, el 20 de agosto. El duque de Wellington parecía conmovido, y lord Liverpool se cubría el rostro con el sombrero para ocultar sus lágrimas. Se oyeron en la parte exterior algunos gritos insultantes cuando el cuerpo

entró en la iglesia; pero sabido es que Colbert y Luis XIV no fueron más respetados. Los vivos no enseñan nada a los muertos; los muertos, por el contrario, son los que instruyen a los vivos.

Carta del señor de Montmorency.

París, 17 de agosto.

»Aun cuando no hay comunicaciones importantes que confiar a su fiel Jacinto, le hago marchar, noble vizconde, en virtud de su deseo y del que me manifestó por parte de su esposa, de saber que se encontrará pronto a su lado. Aprovecho la ocasión para dirigirle algunas palabras confidenciales acerca de la profunda impresión que nos ha producido la terrible muerte del marqués de Londonderry, y también respecto a otro asunto, en el cual parece que se interesa usted de un modo exagerado y exclusivo. El consejo aprovechó estos días, después de la clausura que se ha verificado hoy, para discutir las direcciones principales, las instrucciones que se han de dar y aun las personas que deben nombrarse; la primera cuestión es saber si ha de ser una o varias. Me parece que usted ha expresado alguna vez su admiración de que se pudiese pensar en... Si después de un maduro examen no creyéramos posible aprovecharnos de la buena voluntad que francamente nos ha manifestado en este asunto, serían necesarios para nuestra determinación graves motivos que, con la misma franqueza, le comunicaría. Por otra parte, el aplazamiento, es favorable a su deseo, porque sería poco conveniente para todos que saliese usted de Londres antes de la decisión ministerial, que no deja de ocupar a todos los gabinetes. Esto despierta tanto la atención, que varios amigos me han dicho: Si el señor de Chateaubriand hubiese venido ya a París, sería para él muy molesto tener que volverse hoy precipitadamente a Londres. Esperemos, pues, ese nombramiento importante cuando el rey regrese de Edimburgo. El caballero Stuart decía ayer que el duque de Wellington irá probablemente al congreso, y esto nos importa mucho saberlo cuanto antes. El señor Hyde de Neuville llegó ayer, con perfecta salud, y me alegré mucho al verle. De nuevo, noble vizconde, la seguridad de mis inviolables sentimientos.

»MONTMORENCY.»

Esta nueva carta del señor de Montmorency, salpicada de algunas frases irónicas, me confirmó en la idea de que no quería que yo fuera al congreso.

El día de San Luis di una comida en honor de Luis XVIII, y fui a Hartwell en memoria del destierro de este rey, cumpliendo un deber más bien que satisfaciendo un capricho: las desgracias reales son al presente tan comunes, que nadie se interesa por los sitios donde no han habitado el genio o la virtud. Sólo vi en el triste parque de Hartwell a la hija de Luis XVI.

Por último, recibí el siguiente billete inesperado del señor de Villele, que puso término a mi incertidumbre:

27 de agosto de 1822.

»Mi querido Chateaubriand: Se ha dispuesto que en cuanto la conveniencia relativa al regreso del rey a Londres se lo permita, se le autorizará para venir a París, a fin de que marche en seguida a Viena o Verona, como uno de los tres plenipotenciarios encargados de representar a Francia en el congreso: los otros dos serán los señores de Caraman y de La Ferronnays; esto no impide que el señor de Montmorency marche pasado mañana a Viena, con el objeto de asistir a las conferencias que en dicha ciudad puedan celebrarse antes de la apertura del congreso. Volverá a París cuando partan los soberanos para Verona.

»Me felicito de que este asunto haya terminado a medida de sus deseos.»

En vista del contenido de esta carta, me preparé a marchar.

Con lord Londonderry expiró la vieja Inglaterra, que hasta entonces había luchado en medio de crecientes innovaciones. Le sucedió el señor Canning, cuyo amor propio le hizo hablar en la tribuna el idioma de la propaganda. Después apareció el duque de Wellington, conservador que se presentaba a destruir, porque, cuando la sociedad pronuncia una sentencia, la mano que debiera edificar sólo sabe demoler. Lord Gray, O'Connell, todos aquellos trabajadores de ruinas contribuyeron sucesivamente a la destrucción de las antiguas instituciones. Reforma parlamentaria, emancipación de Irlanda, cosas buenas en sí mismas, se convirtieron, por los malos tiempos, en principios de desorden. El temor acrecen-